

LOS DOLORES DE LA VIRGEN [298]

Meditación – 2024

Como todas las contemplaciones y meditaciones que nos propone San Ignacio, lo primero es hacer los preámbulos. En primer lugar, ponernos en la presencia de Dios y adorarlo.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Que todos mis pensamientos, mis palabras, mis obras, que toda mi vida, sea para gloria de Dios y para bien de mi alma.

1º preámbulo: La historia

[298] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE LA CRUZ HASTA EL SEPULCHRO INCLUSIVE, IBIDEM. 1º Primero: fue quitado de la cruz por Joseph y Nicodemo, en presencia de su Madre dolorosa. 2º 2º fue llevado el cuerpo al sepulchro y untado y sepultado. 3º 3º: fueron puestas guardas.

Considerar como la Virgen María acompañó al Señor en su Pasión hasta su muerte en la Cruz y su soledad después de la sepultura de su Hijo.

2º preámbulo: Composición de lugar:

Aquí será según lo que cada uno de ustedes desee considerar, o en lo que más prefiera detener. Si quiere detenerse en el Calvario, si quiere detenerse en el Pretorio en el momento de la Flagelación, o en el Santo Sepulcro en el momento de la Sepultura, o en la casa de la Virgen acompañándola en su soledad. Cada uno hace la composición de lugar según aquello en lo cual más prefiera detenerse.

3º preámbulo: Petición:

[203] 3º preámbulo. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo pasó por mí.

Demandar lo que quiero, pedir lo que quiero, acá está el fin de la contemplación o lo que quiero alcanzar.

Aquí, como estamos considerando los dolores y la soledad de la Virgen, podríamos modificar esta petición de San Ignacio y hacerla de esta manera: «dolor con la Virgen Dolorosa, quebranto con María quebrantada, lágrimas pena interna de tanta pena que la Virgen María pasó **por mí**».

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

Recordemos que estamos en una contemplación. Como contemplación tengo que estar como dice San Ignacio como «**un esclavito indigno**» dentro de la escena, sin molestar, sin disturbar, pero tratando de ver, de escuchar, de tocar y sacar fruto, sacar fruto siempre para mi vida espiritual, para aplicarlo a mi vida espiritual.

Algunas consideraciones sobre la Pasión del Señor y los dolores de su Santísima Madre. Como nos predicaba una vez el padre Buela:

«En la Pasión encontramos **personajes** (personas reales): hombres y mujeres, gobernadores, reyes, soldados, sacerdotes, siervos, guardias, pueblo, ladrones, criminales, traidores.

En la Pasión encontramos **dolor**: lágrimas, llanto, heridas, llagas, mucho derramamiento de sangre, conjuras, mentiras, calumnias, amor, odio, traición, indiferencia, risotadas, silencio, gritos, diálogos.

En la Pasión hay mucha **crueledad**: sudor de sangre, espinas, golpes con la caña, azotes sin fin, arrancar de barba, caídas, cruz, clavos, sed ardiente, tres horas de agonía, una fuerte lanzada.

En la Pasión hay una gran **impiedad** y **salvajismo**: bofetadas, escupidas, puñetazos, burlas, sarcasmo, desnudez».

Es tal el agolpamiento de mociones, actitudes, movimientos, que hay que tener un corazón de piedra para no conmoverse con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. En la Pasión hay contraste, hay drama. **Todo nos deja lecciones**. La Pasión es una cosa formidable. La Pasión de Cristo. Pasión de Cristo que se resume en la CRUZ. En el Crucifijo. **¡También nos deja lecciones nuestra Madre, la Virgen María!**

Vamos a considerar tres **puntos** para esta contemplación, después cada uno puede elegir libremente.

- 1- **La Virgen acompaña a Jesús en su Pasión hasta el Calvario**
- 2- **La lanzada**
- 3- **La sepultura y soledad de la Virgen**

1. LA VIRGEN ACOMPAÑA A JESÚS EN SU PASIÓN HASTA EL CALVARIO

Ella participó en su corazón de **todos** los dolores de su Hijo Jesucristo, y esa fue la espada que la traspasó, por eso es llamada con toda razón y justicia: “*la Co-redentora*”: Aquella que pagó junto con Cristo por nuestros pecados, por cada uno de nosotros.

La Virgen Santísima escuchó a Pilatos cuando dijo: «lo voy a azotar y os lo entregaré»; y sin duda, la Virgen se estremeció en su alma y en su cuerpo. Ella **vivió** en su corazón todos los dolores de la Pasión de Cristo, su Hijo; por eso la llamamos “*la Virgen de los Dolores*”.

¡Cuántas lágrimas derramó la Virgen de los Dolores durante la Pasión de su Hijo querido!

En Andalucía, una región de España, se cuenta una encantadora leyenda. Según esta leyenda, cuando el Señor estaba agonizando en la Cruz, y la Virgen María lloraba de pie, al pie de la Cruz, Dios, desde el cielo envió a los ángeles junto a la Virgen, los cuales, sin ser vistos, **reunieron las lágrimas de María y las pegaron en el cielo como estrellas brillantes**. Y el pueblo de Andalucía da a la muchedumbre incontable de estrellas, que comúnmente se suele llamar “*Vía Láctea*”, el nombre de “*Lágrimas de la Virgen*”. ¡Cuántas lágrimas habrá vertido la Virgen! Así como no podemos contar las estrellas del cielo, así tampoco podemos contar las lágrimas de la Virgen.

A partir de esta hermosa leyenda, cada vez que durante la noche contemplemos las estrellas en el cielo, no nos olvidemos de las lágrimas de la Virgen.

Cuántas lágrimas habrá derramado en aquella **desgarradora despedida** de su Hijo, antes de que Jesús diera comienzo a la Pasión, cuántas veces habían conversado sobre este momento, **la hora**, y ahora había llegado la hora, es la hora de la Pasión. Lo que habrá sido esa despedida de Jesús y la Virgen, del Hijo y la Madre, la Madre y el Hijo.

Cuántas lágrimas durante la **flagelación** y la **coronación de espinas**.

Cuántas lágrimas habrán corrido por sus mejillas en aquel encuentro **en la Vía Dolorosa**: ¡qué triste fue aquel encuentro! Allí contempló a Jesús en medio de la gente furiosa y siguió los pasos del Hijo atormentado, sentenciado y oprimido bajo el peso de la cruz. **No es posible describir** aquel torbellino de sentimientos y sufrimientos que se levantó en los corazones de la Madre y del Hijo en aquel encuentro, camino al Calvario.

Dicen algunos autores que la Virgen casi no lo reconoce, cuando lo encontró en la Vía Dolorosa bajo la cruz. Ella que se había despedido de su Hijo, ahora lo ve todo deformado, todo desfigurado, todo su rostro afeado con escupidas, sangre, tierra, moretones.

No es tan amarga la hiel, no es tan profundo el mar, no es tan vehemente el huracán, no es tan fulminante el rayo, **como intensos fueron los sentimientos de aquellas dos almas**, durante ese encuentro en la Vía Dolorosa, al estremecerse, al gemir y sufrir juntos en la Vía Dolorosa camino al Calvario.

Y, así y todo, con enorme esfuerzo, la Virgen María, siguiendo los pasos de su Hijo Jesús, llegó hasta **la cima del monte Calvario**, ahí estaba la Virgen de los Dolores, de pie, soportando lo insoportable. Y ese fue el indecible martirio de la Virgen, que la convirtió, con toda razón y justicia, en la “*Reina de los Mártires*”.

Todos los sufrimientos de Jesús, dice San Jerónimo, eran a la vez los sufrimientos de María. Cuantas eran las llagas en el **cuerpo** de Cristo, otras tantas eran las llagas en el **corazón** de María.

Es cosa de admirar **una nueva clase de martirio**: una madre condenada a ver morir ante sus ojos, ejecutado con bárbaros tormentos, a un Hijo inocente y al que amaba con todo su corazón. Como narra el Evangelista San Juan (**Jn 19, 25**): «*Estaba junto a la cruz su Madre*».

No se le ocurre a San Juan decir otra cosa para ponderar **el martirio de María**, que contemplarla junto a la cruz de su Hijo moribundo, porque no hay dolor que se asemeje a su dolor.

Apenas **llegó el Señor al Calvario**, rendido de fatiga, extenuado, los verdugos lo despojaron de sus vestiduras, y lo clavaron a la cruz, atravesando sus sagradas manos y sus pies con clavos, no afilados sino despuntados para más atormentarlo, como dice San Bernardo. Melitón de Sardes dirá, clavos amargos y acerados. Y una vez crucificado lo levantaron y así lo dejaron en agonía hasta que muriera.

Lo abandonaron los verdugos, que se dedicaron a jugar a los dados y a sortearse las vestiduras del Señor, a divertirse en medio de la agonía del Señor. Pero **no lo abandonó la Virgen María**, su Madre. Al contrario, **se acercó más**, se acercó más a la cruz para acompañar a su Hijo, para asistirlo en su muerte. Le dijo la Santísima Virgen a Santa Brígida: «Yo no me separaba de Él y estaba muy próxima a su cruz». San Buenaventura le hablaba a la Virgen en estos términos: «Señora, ¿por qué has subido hasta el Calvario para ver morir a tu Hijo?». Y el mismo santo respondía: «Es que tu corazón no pensaba en su propio sufrimiento, sino en el dolor y en la muerte del Hijo amado; y por eso tú misma quisiste acompañarlo».

Es por eso que, a pesar de todo ese mar de dolores, la Virgen María perseveró junto a su Hijo hasta el fin, hasta la muerte de Jesús en la Cruz. STABAT MATER DOLOROSA IUXTA CRUCEM LACRIMOSA, **Allí estaba la Madre Dolorosa al pie de la Cruz**. Como reza el hermoso himno Stabat Mater:

*Al pie de la cruz de pie
Como imagen de la fe,
Soportando la agonía
Con el alma traspasada
Por la septiforme espada
Está la Virgen María.*

Decía para sí mismo Fray Luis de Granada:

Dos martirios y dos altares encontrarás, alma mía, sobre el monte Calvario: uno en el cuerpo de Cristo y otro en el corazón de la Virgen; en el uno se sacrifica la carne del Hijo y en el otro se sacrifica el alma de la Madre.

Y San Bernardo, contemplando este misterio, decía:

En el monte Calvario, callaban estos **dos ilustres mártires**, Jesús y María, puesto que el excesivo dolor les oprimía el pecho y les quitaba el habla.

Pero más acertado parece ser, aquello que decía San Buenaventura que, en realidad había sólo **un altar**, es decir, **la sola cruz del Hijo**, en la cual, **junto** con la víctima que era este Divino Cordero, se sacrificaba también la Madre; por eso el santo le preguntaba a la Virgen María:

Oh María, ¿dónde estabas? ¿Junto a la cruz? Ah, con más propiedad diré que estabas **en** la misma cruz sacrificándote crucificada con tu mismo Hijo.

Así se expresaba San Agustín:

La cruz y los clavos fueron del Hijo y de María; crucificado el Hijo, también estaba crucificada la Madre.

Porque como dice San Bernardo:

lo que hacían los clavos en el **cuerpo** de Jesús, lo hacía el amor en el **corazón** de María;

De manera que, como escribe San Bernardino:

al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba el alma, su corazón de Madre.

Cada dolor de su Hijo traspasa también su propio corazón; los clavos la **traspasan** a Ella también; el cuerpo destrozado de Cristo, también la **destroza** a Ella; la desnudez y humillaciones de Cristo, también la **humillan** a Ella; la corona de espinas también **ensangrienta** su frente; sin embargo, y a pesar de todo esto, ahí estaba la Virgen, de pie, al pie de la cruz, con gran constancia, coraje y con grandeza de alma: STABAT MATER.

Y todo, por los pecados del mundo, **por mis pecados**, por mis muchos pecados. Por eso, lo que nos hace pedir San Ignacio en estas contemplaciones de la Pasión, «**dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que paso por mí**», por mis pecados. Lo mismo la Virgen, dolor con la Virgen Dolorosa, quebranto con Ella quebrantada y lágrimas, pena interna de tanta pena que pasó por mí, por mis pecados. Queridos hermanos, el pecado es una cosa seria. Reza el himno Stabat Mater:

La Virgen de los Dolores

¿Y es posible que no llores

al verla sufrir así?

¿Puedes quedar impasible

ante dolor tan terrible

sin tomarlo para ti?

Por los pecados del mundo

Ve a su Hijo moribundo

Sometido a la tortura;

Ve expirar abandonado

A Quien por todos se ha dado

Objeto de su ternura

Los Evangelios dicen que, en el momento de la crucifixión el **sol** se oscureció, el sol aborreciendo tanta maldad, la más grande de toda la historia de la humanidad, avergonzado cerró sus ojos y cubrió su rostro para no ver este espectáculo.

La **tierra** tembló, las rocas se partieron por el medio, el pueblo se golpeaba el pecho y huía despavorido, y sin embargo, ELLA, la Virgen Madre, permaneció junto a la Cruz y de pie: STABAT MATER.

Ella no se quebró, no dudó, no vaciló, no amenazó, ni siquiera se lamentó, sino que con amor materno y lleno de compasión y con una fe indestructible perseveró a los pies de la Cruz: STABAT MATER.

Hermosa fue la mediación de Claudia Prócula, la esposa de Pilatos, fue un alivio para el Señor la ternura de la Verónica; fue dulce la compasión de las pías mujeres a lo largo de la Vía Dolorosa... **pero más sublime** fue el amor, la fidelidad, la perseverancia de la Virgen de los Dolores: amor, fidelidad y perseverancia, más fuerte que la misma muerte: STABAT MATER DOLOROSA IUXTA CRUCEM LACRIMOSA.

Imitando la fortaleza de la Virgen de los Dolores tenemos que pedir que por nada del mundo, y que sobre todo, nuestras debilidades, nuestras faltas, **jamás nos separen de la cruz**, de la Pasión y de la Virgen María, nuestra Madre. Como reza el himno Stabat Mater:

*Que acompañe yo tu llanto,
Que comparta tu quebranto
Y te asista en la tristeza
Que junto a la cruz me ampare,
Y que nunca me separe
De ti ninguna flaqueza*

Y es de gran maravilla, ver como nuestro Redentor Jesucristo, desde la Cruz y en su agonía, en el momento más grande de su dolor y de su desolación, quiso agradecerle aquel amor y **gratificarle** aquel servicio. Entonces el Señor la miró y le habló, para mostrarle cuánto cuidado y cariño le tenía.

Y el Señor, a pesar de tener los ojos oscurecidos con la sombra de la muerte y pegados con la sangre que caía de la cabeza, sintiendo la presencia de la Madre, **se esforzó en querer mirarla**; y apretando los párpados, exprimió como pudo la sangre que tenía pegada a los ojos; y abriéndolos, los enclavó en los de la Madre; que estaba allí delante, y señalando con la cabeza al Apóstol y discípulo amado, San Juan que le acompañaba, le habló desde la cruz y le dijo: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*».

Y vuelto al Apóstol San Juan y señalando a su Madre, le dijo: «*Abí tienes a tu Madre*».

Y como el tener a la Santísima Virgen María por Madre es el único refugio de los pecadores, en la vida y en la muerte, quiso el Señor darnos este **tesoro**, en el mayor fervor de su caridad, estando ya cerca de la muerte y desde lo alto de la Cruz, cuando en la persona del Apóstol San Juan **nos dijo a todos**, lo que debemos tomar **como si nos lo dijera a cada uno de nosotros individualmente**: “ECCE MATER TUA”, ese es el regalo más grande que nos deja el Señor en el momento de su Pasión dolorosa en la Cruz, nos dejó

como regalo a su Madre como nuestra Madre. Es decir, como si nos dijera: «*advierte bien, presta mucha atención y abre bien los ojos porque: “ESTA ES TU MADRE”: la Virgen de los Dolores*».

Por eso reza el Himno Stabat Mater:

*No me rechaces, Señora,
déjame llorar ahora
déjame gustar la hiel
ser portador de la muerte
de Cristo y unir mi suerte
a la sacra muerte de Él.*

Los Santos

Si consideramos el ejemplo de los Santos ante este misterio de Jesús que nos deja a su Madre «*Hijo, ahí tienes a tu Madre*», esto es lo que han entendido y vivido todos los santos de todos los tiempos, ellos siempre tuvieron una gran devoción y un amor filial a la Santísima Virgen, amor como el de un hijo a su madre.

San Bernardo reprendía a uno de sus monjes diciendo: «no eres más santo porque no eres más devoto de la Virgen María». Si fuéramos más devotos de la Virgen, con toda seguridad seríamos más santos.

«*Aquí tenemos a nuestra Madre*», por lo cual, como verdaderos hijos, también nosotros tenemos que **sufrir junto con Ella**, dolor con la Virgen Dolorosa, quebranto con la Virgen quebrantada, con la Virgen destrozada por el dolor, tenemos que sufrir junto con Ella, y a su vez, este sufrimiento tiene que encender en nosotros el fuego de la caridad, el fuego del amor a Dios y al prójimo. Como reza el himno Stabat Mater:

*Madre... Madre del amor
Hazme sentir tu dolor,
Haz que me asocie a tu duelo
Para que mi amor se encienda
Y esa tal sea la ofrenda
Que te ofrezca mi consuelo*

Queridos ejercitantes, se estaba obrando la redención del mundo, Cristo colgaba de la cruz de tres duros clavos, la Virgen María permanecía de pie, **su pena era grande como el mar** y nadie la podía compartir; su dolor estaba más allá de las palabras.

Detengámonos en este momento, contemplemos ahí, sobre el Calvario, a Cristo colgado de tres clavos en la cruz y, a la Virgen María de pie al pie de la cruz.

No había palabras para expresar todo lo que venía sufriendo y todo lo que sufría al pie de la cruz, porque, allí al pie de la cruz la Virgen:

- Lo veía **desnudo** a su Hijo y no lo podía cubrir.
- Lo veía **sediento** y no le podía dar de beber.

- Lo veía **injurado** y no lo podía defender.
- Lo veía **traspasado** de dolor por los clavos y no lo podía confortar.
- Veía los ojos de su Hijo llenos de **lágrimas** y no se los podía enjugar.
- Veía todo el cuerpo de su Hijo hecho una **llaga** y no lo podía sanar.
- Veía el rostro de Jesús cubierto de inmundas **escupidas** y no lo podía limpiar.
- Veía que no podía **respirar** y no lo podía aliviar.
- Sentía el **último** respiro de su Hijo y no lo podía abrazar.
- En fin, ya muerto su Hijo, tuvo que ver con paciente resignación, como le **atravesaron** con la lanza su Sacratísimo Corazón.
- **¡Cuántas lágrimas habrá derramado la Virgen!**
- ¿Quién puede describir los dolores de la Virgen, si no podemos describir los dolores del Hijo?

Fue tan intenso este sufrimiento que María no murió por puro milagro de Dios.

2. MARÍA VE CUANDO TRASPASAN EL COSTADO DE SU HIJO.

Habiendo muerto nuestro Redentor, después de haber dicho (**Jn 19, 30**): «*Todo está cumplido*» y después de entregar su espíritu diciendo (**Lc 23, 46**): «*Padre, en tus manos entrego mi espíritu*», inclinando la cabeza, expiró, murió.

¡Qué misterio! ¡Qué gran **misterio**! Un Dios que, por amor a los hombres, se hizo hombre para salvar a los hombres y los hombres que lo matan de la peor manera. Es el **drama real** más grande de toda la historia de la humanidad.

La Virgen, al pie de la cruz suplicó a los verdugos que no le quebraran las piernas a su Hijo, dice San Buenaventura, pero mientras les estaba diciendo esto, un soldado le dio a Jesús una violenta lanzada y con ella le abrió el costado a Jesús y le atravesó su corazón. Como dice el Evangelista San Juan, testigo ocular directo (**Jn 19, 34**): «*Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua*».

Al golpe de la lanza **retembló la cruz** y el corazón de Jesús quedó abierto, como le fue revelado a Santa Brígida.

Aquí es muy importante recordar que: **El ultraje de esta lanzada fue para Jesús, pero el dolor fue para María.**

Dice Lanspergio:

Compartió Cristo con su Madre el sufrimiento de esta herida, de modo que Él recibió el ultraje y María el dolor.

Jesús no sufrió dolor, porque ya estaba muerto, si sufrió un ultraje su cuerpo, pero la que sufrió en el alma fue la Virgen María.

Y, esta fue la espada que predijo a la Virgen el anciano **Simeón**; espada no de acero, sino de dolor que traspasó su alma bendita, al mismo tiempo que traspasaba la lanza el corazón de Jesús, donde Ella **siempre habitaba**.

Así dice, San Bernardo:

La lanza que atravesó el costado de Cristo, atravesó a la vez el alma de la Virgen, que **no podía separarse de Él**.

Tan unidos, tan uno, eran los corazones de Jesús y de la Virgen, que al traspasar la lanza el corazón de Jesús también, al mismo tiempo, traspasó el corazón de María.

Reveló la Madre de Dios a Santa Brígida:

Al sacar la lanza, estaba teñido el hierro con la sangre. Entonces me pareció como si mi corazón se viera **traspasado** al ver el corazón de mi Hijo **traspasado**.

Fue tan intenso este sufrimiento que María no murió por puro milagro de Dios.

3. LA SEPULTURA Y SOLEDAD DE LA VIRGEN

a- Sepultura de Jesús

Cuando una madre está junto al hijo que sufre, sin duda padece todas las penas del hijo; pero cuando el hijo ha muerto y va a ser **sepultado**, y la madre se tiene que despedir del hijo, el pensamiento de que **no lo va a ver más** es superior a todos los demás dolores.

Después de que la Virgen María asistió a su Hijo en la cruz, después de haberlo abrazado ya muerto, debía finalmente **dejarlo en el sepulcro**, quedando privada de su presencia. Y, esta fue una nueva **espada de dolor**.

La Virgen María estaba anegada en su dolor, habían bajado a Jesús de la Cruz, Ella estaba abrazada a su Hijo; pero **se terminaba el tiempo** permitido para la sepultura, ya que en pocas horas comenzaba el sábado, por eso, todos **se apresuraron** para poder dar sepultura al Señor.

Para lo cual, **con toda reverencia**, luego de colocarle los aromas (mirra y áloe), como se acostumbraba, lo envolvieron en **una Sábana nueva**, recién comprada, como dice el Evangelista San Marcos (15, 45-46): «(José de Arimatea) *compró una sábana, lo bajó, lo envolvió en la sábana y lo depositó en un sepulcro que estaba cavado en la roca*».

Es **la Sábana Santa**, en la que, como dice San Alfonso: «quiso el Señor dejar al mundo **impresa** su figura, como se ve hoy en Turín».

Se trató de una **sepultura muy rápida y provisoria**, por eso, el plan era regresar el domingo para terminar los ritos y hacer una sepultura **definitiva**, como correspondía a las tradiciones judías.

Por esto mismo, el hecho de realizar una sepultura así, **todo a las apuradas**, eso mismo, fue un gran dolor para la Virgen María, imaginemos, como es lógico, Ella misma hubiera querido **limpiar el Rostro de su Hijo** con todo cuidado y con toda delicadeza, y con todo cariño, y, sin embargo, ni ese consuelo pudo tener.

Lope de Vega, en su poesía “Al sepultar a Cristo” describe como se veía el cuerpo muerto de Cristo:

*“Ves aquestos rojos pies ’
y aquestas sangrientas manos,
mira este rostro escupido
y este cabello arrancado.
Mira aquesta boca herida
y aqueste cuerpo azotado;
y esta cabeza sangrienta,
y este pecho alanceado”.*

Luego de los preparativos, lo llevaron hasta el sepulcro, **en fúnebre cortejo**: los discípulos lo cargan, unos lo toman por los pies, otros por el dorso, las santas mujeres van detrás, y con ellas la Madre Dolorosa, hasta llegar al Santo Sepulcro.

Lope de Vega al mismo tiempo que nos llama a la contemplación de este misterio, sigue describiendo la escena con hermosos versos:

*“Llevan al difunto Dios
en los dolorosos brazos,
con lamentables suspiros
tristes lágrimas llorando.
Abrió el sepulcro la boca
y recibió a Dios temblando,
que aun las piedras si comulgan
han de temblar comulgando.
Alma ven a las exequias
de Jesús tu enamorado,
que yace por tus amores
muerto, herido y desangrado.
Mira sin luz a la Luz,
sin vida al que te la ha dado,
condenado al Salvador
por salvar al condenado.
Mira a Jesús por ti muerto,
y que muerto y enclavado
te dice ¡ay esposa mía!
aunque me mataste te amo”.*

Llegados al lugar, **cuánto hubiera deseado María quedarse allí**, con su Hijo, si hubiera podido. Pero como no era esa la voluntad de Dios al menos acompañó el cuerpo sagrado de Jesús hasta el interior del sepulcro, y **allí se quedó** hasta que llegó el momento de hacer rodar la piedra, para cerrar el sepulcro.

Dijo la Virgen a Santa Brígida:

Puedo decir con verdad que habiendo sido sepultado mi Hijo, **allí quedaron sepultados dos corazones.**

Por fin colocada la piedra y quedó encerrado en el santo sepulcro el cuerpo de Jesús, aquel **gran tesoro**, que no lo hay mayor, ni en el cielo, ni en la tierra.

Y, al dejar el Santo Sepulcro, la Virgen María volvió a pasar junto a **la cruz**, cruz que estaba bañada con la sangre de Jesús, y allí mismo, la Virgen **fue la primera en adorarla**, diciendo: «Oh cruz santa, yo te beso y te adoro porque ya no eres un madero infame, sino **cátedra de amor y altar de misericordia**, altar consagrado con la sangre del Cordero divino que ya ha sido **en ti** sacrificado para la salvación del mundo».

Dice Lope de Vega, en otra de sus poesías “*A la soledad de Nuestra Señora*”:

*“Sola con la sola cruz
Los ojos puestos en ella,
Y en sus virginales manos
Clavos, espinas sangrientas.
Vueltos dos fuentes sus ojos
Que derraman vivas perlas,
Llorando muerta una vida,
Dice así una vida muerta.*”

Así la Virgen María, dando **el último adiós** al Hijo, al Santo Sepulcro y a la Santa Vera Cruz, regresó a la casa donde se alojaba esos días.

Andaba esta pobre Madre tan triste y afligida que, según San Bernardo, que sin Ella quererlo, **los que la veían no podían contener el llanto**. Y, agrega, que los que la acompañaban lloraban por el Señor y, por Ella, a la vez.

b. La soledad de la Virgen María

Una vez en la casa, sintió ese **vacío** que se siente cuando se regresa a la propia casa, sabiendo que hay **alguien que falta** y que no va a regresar, es un **silencio**, es un **vacío**, es un espacio que nada lo puede llenar.

Y, junto al vacío y al silencio, **la soledad**. Soledad que inevitablemente evoca recuerdos, los recuerdos del pasado. Y, en la Virgen, se hacían presente los recuerdos de la **vida** y los recuerdos imborrables de la **Pasión y Muerte** tan despiadada, tan impresionante y tan cercana que sufrió su Hijo inocente.

Se **acordaba** de los primeros abrazos que le dio al Hijo en la gruta de **Belén**, de los coloquios tenidos con Él durante tantos años en la casita de **Nazaret**; le venían a la mente las constantes **muestras de afecto** y las palabras de vida eterna que salían siempre de la boca de Jesús.

Pero luego, se le representan **las terribles escenas** vividas aquel mismo día; se le representan aquellos azotes, aquella corona, aquella cruz, aquellos clavos, aquella carne lacerada de su Hijo, aquellas llagas profundas, aquellos huesos a la vista, aquella boca entreabierta, aquellos labios reseca, aquellos ojos sin vida, aquel rostro todo afeado, sucio y deformado.

Eran todas imágenes imborrables, imágenes indelebles grabadas en su corazón y en su memoria.

¡Qué noche aquella de dolor, de lágrimas y, sobre todo, de soledad para María!

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Jamás dejar los coloquios, hacer tiernos coloquios con la Virgen María, sobre todo al contemplar esta Pasión que se renueva en cada Santa Misa.

Pidamos en los coloquios, la gracia de crecer en el amor a la Virgen, recordando aquello que enseñaba con mucha razón San Ignacio de Loyola: «por más que tu ames mucho a la Virgen María, Ella te amará mucho más a ti».

Y que la Virgen de los Dolores nos conceda **aprender** mucho del libro de la Pasión de Cristo que se resume en Cristo crucificado, **el libro más importante de nuestras vidas**, y donde todo nos deja lecciones.

Que nos alcance la gracia inestimable de amar y de llevar siempre en nuestros corazones la Pasión de su Hijo Jesucristo. Pasión que se **renueva** en cada Santa Misa. Como reza el himno Stabat Mater:

*Santa Madre esto te pido
Que se imprima en mi sentido
La dolorosa Pasión
Que conmigo dividida
La lleve toda la vida
Dentro de mi corazón.*

*Que con sus llagas me llague
Que con su Sangre me embriague
Para alejarme del vicio,
Y me libre de las llamas
Por Ti por lo que tu clamas,
En el gran día del juicio.*

*Cuando ocurra mi partida,
Señor, por tu bendecida
Madre dame la victoria,
Y caído el cuerpo muerto
Haz que mi alma arribe al puerto,
De la gloria. Amén*

Examen.

Bendita sea la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre.